

tos, en todos sus actos. Esto exige que el traductor sea también *poeta*, por otra parte, e implica, sin duda alguna, que si él también escribe no podrá mantener separada su traducción de las *contingencias de su propia vida*. Es dentro de una relación de destino a destino —contingencia a contingencia—, en suma, y no de una frase inglesa a una española, donde se elaboran las traducciones.

¿En qué condiciones esta suerte de traducción, esta traducción de la poesía, se nos presenta como una empresa insensata? El propio Philip Larkin lo expresó —con su tono sombrío— en declaraciones concedidas a la publicación *Paris Review* en 1982:

*Yo no veo cómo se puede llegar a conocer un idioma extranjero lo suficientemente bien como para que valga la pena leer poesía escrita en ese idioma. Los extranjeros tienen unas ideas bastante incultas respecto a la "buena" poesía inglesa: Poe, Byron, etc. A los rusos les gusta Burns. Pero en el fondo yo creo que los idiomas extranjeros no tienen nada que ver con la poesía. Si esta cosa ahí de vidrio se llama "ventana", entonces no se puede llamar "fenster" o "fenêtre" o cualquier otra cosa. Hautes fenêtres. ¡Dios mío! Un escritor no puede tener más que un solo idioma, si el lenguaje va a significar algo en él.*

JORGE H. CADAVID

## Un zoo poético

**Faunética. Antología poética zoológica panamericana y europea**

Víctor Manuel Patiño (compilador)  
Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1999,  
845 págs.

Esta *Antología poética zoológica panamericana y europea*, acopiada y ordenada por Víctor Manuel Patiño y publicada en la serie *La Granada*

Entreabierto del Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá, es una magnífica opción para repasar la presencia del animal en la literatura universal; o mejor, en la vida de los seres humanos. En su apretada como fundamental introducción, el antólogo logra ilustrar al lector de manera clara y amena sobre las distintas presencias de los animales en la historia literaria y sus connotaciones esenciales. Casi al modo de una operación rastrillo da cuenta —y ello demuestra la seriedad de la investigación— de cuanto aspecto existe acerca del tema. Así, no escapan a su sondeo ni los animales de las religiones (el animal expiatorio o el simbólico); ni los de la mitología (las serpientes del caduceo de Hermes o Mercurio, las palomas de Venus, el buitre de Prometeo, las sirenas, los faunos y los sátiros, los grifos...); tampoco los de las piezas poéticas satírico-burlescas que relatan luchas de animales asimilándolas a las humanas (la Batracomiomaquia, la Gatomaquia, la Mosquea, la Perromaqueia,...); ni los bestiarios europeos de la Edad Media (bestiarios semiteológicos, bestiarios de amor); ni los animales míticos (centauro, dragón, unicornio, águilas de dos cabezas, seres o combinaciones mixtas...); ni mucho menos los de las tradiciones indígenas de América y de otros continentes (los guacamayos muiscas, el jaguar amazónico...). Animales y más animales vistos por los ojos, la razón y el corazón de un nutrido como selecto grupo de poetas.

### ANIMALES

*Pienso que me podía volver un  
[animal y vivir con ellos, pues  
[son tan plácidos y mesurados;  
me detengo y los miro fijamente,  
ellos no sudan ni se quejan a  
[causa de su condición;  
no viven desvelados en la  
[oscuridad lamentando sus  
[pecados;  
no me enferman discutiendo sus  
[deberes para Dios;  
ni uno se siente insatisfecho  
[—ninguno está enloquecido  
[con la manía de poseer cosas;*

*ninguno se le arrodilla a otro, ni  
[a sus semejantes que vivieron  
[hace miles de años;  
ninguno es respetable o  
[laborioso sobre la tierra entera.  
Walt Whitman  
[pág. 59]*



Sin lugar a dudas, los animales constituyen por sí solos unas perfectas piezas de arte. En ellos están las conquistas formales posibles, el ritmo y el movimiento en sus variados tiempos, y están las complejidades de la comunicación, el mensaje. Cuando un animal nos capta, aquel para el cual somos perceptibles, no nos dice nada completo con sus ojos o antenas; simplemente nos exige ejercer la imaginación. Como auténticas piezas artísticas, los animales nos exponen con frialdad su interrogación, que es por cierto entre todas la más preocupante, la única que importa realmente en arte: nos esgrimen con estoicismo el misterio de la vida. Los animales nos hacen pensar que también están enjaulados como los humanos. Que igual a los Monos de Descartes (citados por Borges en su *Libro de los seres imaginarios*) no hablan para que no los pongan a trabajar. Sin embargo, un animal no es un hombre. Pienso ahora en el poeta alemán Frank Monz, en su bello poema experimental titulado *Un animal no es un animal*. Dice el poeta en sus versos que un animal no es un animal, que un animal es una mosca, un ganso, una cebra, una rata...







*Losas conquista y pierde,  
Aumenta su negror con su veloz  
[tamaño,  
Veloz, veloz, a solas con su  
[suerte.*

Jorge Guillén  
[pág. 204]

Con un excelente texto introductorio, singularmente tanto erudito como didáctico, *Faunética* es un trabajo digno de nuestro modesto reconocimiento, pues, finalmente, logra transmitir la magia, o la fantasía, que hay en cada uno de nuestros misteriosos cohabitantes.

GUILLERMO  
LINERO MONTES

## La sugerente astucia de un autor

### Liturgia de difuntos

Fernando Toledo Zamora

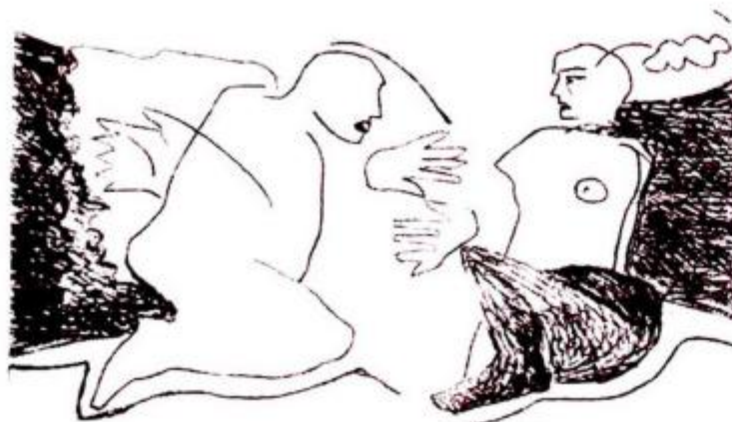
Alfaguara, Bogotá, 2002, 222 págs.

En la Colombia de nuestros días, un melómano y conductor de programas culturales en televisión publica su primera novela sobre la España de los Reyes Católicos, o más concretamente sobre aquello que los historiadores españoles Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga, en su *Breve historia de España* (Madrid, Alianza Editorial, 1994), han sintetizado así:

*En este contexto de imposición de su voluntad, la monarquía católica renueva el valor de la religión como fermento de la unión política. El credo único, heredero también del fin de la guerra granadina y de las tensiones anti-semitas de los siglos XIV y XV, acentúa los rigores contra la minoría hebrea castellana, la más numerosa después de los asaltos a las juderías aragonesas. A tal fin, en 1468 se establece el moderno Tribunal de la Inquisición,*

*encargado de la persecución y castigo de los hebreos convertidos al cristianismo que conservaban en secreto sus tradiciones.*

*[...] los Reyes Católicos sorprenden a la comunidad hebrea en 1492 al decretar la expulsión de los judíos hispanos o su conversión forzosa al cristianismo. Siguiendo el ejemplo de Abraham Señor, rabino mayor de Castilla, una gran parte de la clase dirigente elegiría el bautismo como tabla de salvación, aunque muchos otros tomarían la senda del destierro. La salida de Sefarad de un notable grupo humano —cerca de ciento cincuenta mil castellano aragoneses— desangrará durante algún tiempo la demografía y los recursos de las ciudades. Los judíos españoles encontrarían acogida en las urbes musulmanas del norte de África, el Imperio Otomano, Portugal e Italia, nuevas sedes de las comunidades sefarditas que han conservado vivo el castellano de la época.*  
[pág. 244]



Desde este 1492 hasta 1928, la novela se sustenta en seis fechas correspondientes a seis escenas. En la primera, 1680, que actúa como obertura panorámica, la Inquisición, teatral, aparatosa, ya barroca, despliega sus magias escénicas en la plaza mayor de Madrid. Un auto de fe, en pro de la pureza de la sangre y la fe, presidido por Carlos II, rey de España, su esposa María Luisa de Orleans y la reina madre, doña Mariana de Austria.

Nuño de la Cueva, niño en Ciudad Real, soldado retirado del ejército de Italia, ahora casi pobre de oficio, con dos trajes y poco más, asiste a dicho despliegue de rigor y crueldad, inquieto, desasosegado

por sus orígenes judíos pero convertido ahora en soplón e informante de herejes y judaizantes, será el hilo conductor del recuento. Su protector, fray Gil de Santillana, lo ha invitado, pero en público parece erigir una cautelosa muralla de distancias. Toda la novela se ve pautada así por la forma como los variados personajes embozan sus intenciones. Hay algo soterrado que no se atreve a decir su nombre.

Don Alonso de Tordesillas, secretario del Consejo de Castilla, y el hombre al cual Nuño más odiaba, quizá por ser su reflejo agigantado en la casa de espejos del poder, también está presente. Teme ocultar sus raíces judías, aunque un hermano suyo, José, relapso, será condenado a arder en la hoguera en ese ánimo así: "Por esos días el mero hecho de levantar suspicacia equivalía a la más atroz de las condenas" (pág. 41).

Veintiún relajados serán quemados esa misma noche, y la luz de las hogueras, con sus sombras espejeantes, incidirán aún más en la conciencia de esos dos hombres, que se saben judíos o que vieron, como en el caso de Tordesillas, volver a su padre a la fe judía, en el momento de morir. Pero ellos están vivos y tiemblan ante el brazo demasiado largo de la Inquisición.

1492. Un judío, en el cigarral de Toledo, descifra el albedrío de las plantas. Ahonda en sus virtudes curativas y se remonta, desde esa cabaña aislada, a sus milenarios orígenes. A su expulsión de la tierra sagrada y a su exilio, por el mundo. Mosé ben Aberatel tiene dos hijos, Isaac y Reuben, y sus largos diálogos con plantas como la albahaca le han dado prestigio de médico herbolista, dentro de una tradición reconocida y respetada. La propia reina Isabel, en su momento, había mandado por un remedio suyo contra el dolor del vientre.

Estamos en Toledo, en el momento cenital en que tres culturas conviven, enriqueciéndose y fecundándose mutuamente. Judíos, árabes y cristianos traducen al mundo a su lenguaje y crean puentes invaluables entre Oriente y Occidente.